

Capítulo IV

En 1965 habían de pasar muchas cosas en la vida artística de Raphaël. Con este año llega su contrato con Hispavox la casa discográfica que había de acompañarle durante muchos años. Nada que presagiara que años más tarde esa misma firma había de crearle muchos problemas.

Hagamos aquí un paréntesis para decir que en estos momentos su bagaje discográfico es el de tres sencillos en Phillips y uno en Barclays. Hispavox le rescata de su contrato francófono para lanzarlo como es debido en el mercado nacional. Su primer disco para la nueva firma discográfica española tiene cuatro temas “Los hombres lloran también”, “Un largo camino”, “Con las manos abiertas” y “Ellos dos”

Se firman contratos para rodar tres películas, de las cuales, en ese momento, todavía no se sabía como iban a llamarse. Trabaja incansable en actuaciones aquí y allá.

Hemos de recordar a los lectores que por aquel entonces Raphaël actuaba siempre junto con otros artistas, en salas de fiestas, en pequeños teatros... siempre mientras el público bailaba o cenaba... o tomaba una copa y Raphaël estaba ya un poco cansado de cantarle a la gente que, a veces, pareciera (o eso se lo parecía a él) que no le prestaban atención. Él quería más. Él quería cantar y que todas las miradas le pertenecieran, que todos los oídos no existieran nada más que para escucharle y así, poco a poco se fue gestando lo que para Raphaël fue el principio del fin de lo que había sido el espectáculo musical hasta el momento.

Empezaron a barajarse fechas, teatros, pero la mente de Raphaël ya tenía un objetivo y era el teatro de La Zarzuela.

El teatro de La Zarzuela había sido restaurado y renovado recientemente y era uno de los teatros más importantes de toda España cuando nos referimos a la música. Aquel año pasaba por su escenario la Piquer y después de ella Antonio. No había fechas libres e intentan encaminarle hacia otros escenarios. Le hablan de La Marquina, pero una vez más Raphaël dice: NO.

Su casa de discos, a pesar de creer en él, pues la venta de discos así lo demostraba, se echa las manos a la cabeza ante la propuesta. ¿Qué vas a dar un qué? Fue la pregunta-respuesta que le dieron cuando Raphaël les habló de dar un recital en solitario. Pero él sin perder la calma les dijo: Está decidido y solo quiero una fecha.

Y la fecha había de llegar. Concretamente el día de descanso de Antonio el 3 de noviembre.

Aquel día amaneció lluvioso y Raphaël salió de casa temprano. Necesitaba pasear por las calles de su infancia, necesitaba entrar en la iglesia de San Antonio, necesitaba en una palabra: meditar. Hacer balance de su joven vida porque sabía que aquella noche iba a ser un punto de inflexión y es que la vida de Raphaël era como una ruleta rusa donde siempre se lo estaba jugando todo a una bala. Así fue cuando se presentó por primera vez en la academia del maestro Gordillo, así fue cuando lo hizo en la agencia Bermúdez, así fue cuando se presentó en el festival de Benidorm y así había de ser aquella noche en que en la puerta del teatro de La Zarzuela, entre grandes carteles que

anunciaban a Antonio y su ballet español, un cartel rojo con letras negras decía: “Hoy, noche, único recital de Raphaël”.

Volvió a casa muerto de miedo, pero allí tampoco estaba tranquilo y se fue al teatro. Ensayó durante varias horas y después se encerró en el camerino que le había cedido Antonio. A las seis de la tarde llegó la noticia tan esperada, se había colocado el cartel de “Agotadas todas las localidades” y la tranquilidad de ese pequeño instante se convirtió automáticamente en más terror, pero el tiempo pasaba implacable y el momento de salir a escena se acercaba. Se vistió con un traje de pana verde oscuro y una camisa blanca, repasó mentalmente su repertorio, rezó y cuando le avisaron de que el momento había llegado, respiró hondo y encaminó sus pasos hacia el escenario.

Cortinas negras a su alrededor, que servían para tapar los decorados del espectáculo de Antonio le rodearon, al fondo NADA... no veía nada... una gran luz le cegaba, pero él era consciente de que esa NADA estaba repleta de gente que había asistido a verle, solamente a él... oía el rumor de ese público y unos tímidos aplausos le dieron la bienvenida. El director de orquesta, Gregorio García Segura arrancó y al son de “Un largo camino” empezó el recital.

Nace el amor, nace la flor
Pero yo sigo andando
Pasa el amor, pasa el dolor
Pero yo sigo andando
No, me rediré, no

Esas frases eran un poco la historia de su vida... y así siguió, desgranando una canción tras otra... hasta que ocurrió. El público puesto en pie le aclamaba, desbordado, emocionado, rendido... eso era lo que sentía el público y eso era lo que sentía él también, desbordado por la emoción y rendido por el cansancio. Por primera vez en su vida esa comunión entre él y su público se había producido. Fue como un milagro que había de repetirse cientos y cientos de veces más a lo largo de su carrera.

Raphaël había conseguido ese éxito que le perteneciera por completo. Aquella noche el niño cantante se hizo adulto, se hizo grande, se hizo único. Aquella noche Raphaël le había dado un revolcón a la historia de la música en nuestro país.

